

Ricardo Tudela

Contenido del Primer Congreso Gremial de Escritores Argentinos

UNA ACTITUD CONSTRUCTIVA PARA AMÉRICA



CON todos los contornos de un verdadero acontecimiento, se acaba de realizar en Buenos Aires el Primer Congreso Gremial de Escritores Argentinos. Han asistido escritores de todas las provincias argentinas. Desde la primera sesión se perfiló nítidamente el espíritu del Congreso, evidenciándose un deseo general de darle más viva amplitud dentro de los candentes problemas actuales. Así, por obra misma de los temas que se fueron tratando, el sentido «gremial» se vió fecundado por lo «social». Es lógico que ocurriera así. Entre lo gremial y lo social, en el tiempo que vivimos, no hay más diferencia que la incomprensión o vacilación que puedan tener quienes actúan. Realizar cualquier acción gremial es construir los medios de transformación económica de la vida; de esa manera adquiere la acción un sentido creador de lucha social.

Es lo que ha acontecido en el Congreso de Escritores Argentinos de Buenos Aires. Por mucho que se quiso evitar el llevar a fondo los problemas del gremio, muy pronto todos se vieron envueltos en lo inevitable. Y de ese espíritu adquirieron las deliberaciones un «clima» tan cálido y vivo de libertad y renovación de la actividad profesional, que hasta los más refractarios y prevenidos terminaron por comprender que nada de cuanto acontece hoy al mundo y atenta contra la libertad y el sentido de justicia, puede ser ajeno al escritor. Esto hizo que las dos últimas asambleas del Congreso desarrollaran un magnífico sentido de cohesión y compenetración, centrándose dentro mismo de lo más candente y doloroso de todo escritor, que es su falta de dignidad económica y de libertad para ejercer eficazmente su función de pensar y escribir.

Conforme a esta decidida voluntad de lo social en lo gremial, la mayoría de los congresales supieron colocar cada concepto en el momento justo de las necesidades del hombre. Todo ello estableció un ritmo ardiente de unidad y hermandad, suturando la atmósfera literaria y social de Buenos Aires de la profunda inquietud que mueve el corazón y el pensamiento de los escritores libres del mundo: la humanización de la cultura.

Si el escritor es hombre ante todo y necesita actuar como hombre, su primera actitud es definirse del lado de los valores vivos del hombre. Aquella famosa exclamación del viejo Terencio: «Hombre soy y todo lo

que se relaciona con el hombre me atañe», parece recobrar su poder mágico de superación. El escritor acaba de comprender—he ahí los sarcasmos de nuestra carcomida «cultura»—que el hombre es el valor supremo de la vida. Al comprenderlo ha desplegado fuerzas profundas de su propio ser que no conocía hasta hoy, es decir, se ha conectado con lo más rico de su naturaleza creadora, dándose para crearse y sabiendo que sólo por esa acción humanizadora puede redimirse.

Otro valor magnífico del Primer Congreso de Escritores Argentinos ha sido la comprensión continental. Se ha actuado pensando en las injusticias y en los dolores de todos los hombres de pensamiento y de acción del continente. Muchas ponencias, refundidas en sanciones de gran contenido vitalizador, bregaron por ese profundo y despierto sentido de América. Desde la gran urbe argentina, se irradió hacia todas las hermanas de raza el estremecimiento de una nueva voluntad: la de que el escritor lleva en su función las materias vivas de la libertad continental. Para cercionarse de su propia fuerza y mantener erguida la dignidad transformadora del gremio, la obra de cada uno necesita reflejar la angustia, la opresión y el drama de las masas del continente. No quiere esto decir que el escritor deba abdicar de su temperamento y de los refinamientos individuales de su sentido intrínseco del arte. Muy por el contrario, levanta cortinas impensadas que cubrían los hechos humanos y le muestra una extraordinaria perspectiva de fecundidad y profundidad. Con

ese poder, extraído de lo más ardiente y viviente del pueblo, el escritor se encontrará enriquecido en poco tiempo por un género nuevo de vida y actividad. Y de ese enriquecimiento ha de surgir, acaso más pronto de lo que él mismo cree, el lúcido sentido del futuro que exige de su obra el momento desgarrado del mundo.

Frente a tan advertido crecimiento de la dignidad profesional, los escritores argentinos acaban de crearse un nuevo instrumento de lucha. Sin duda surgirán después vacilantes y arrepentidos; la fuerza humana no adquiere intensidad ni eficacia en todas las vocaciones. Pero la mayoría estará desde hoy dispuesta a una nueva lucha y a una nueva responsabilidad, porque ha «nacido» una conciencia gremial y social de vastos alcances y significaciones.

Este Congreso de Escritores Argentinos es una cálida invitación para los escritores de América. Desde hoy tienen ellos la más fecunda posibilidad. Necesitamos conocernos ardientemente y cuanto más rápido mejor. De ese conocimiento, que no debe ser puramente «literario», puede nutrirse nuestra personalidad. No es que tengamos que volver a cambiar de rótulos o a encasillarnos en «ismos» que a nada conducen; con ello no haríamos sino meternos en nuevas jaulas y modos estrechos de sentir. Lo que ahora surge nítidamente, enraizado y fecundado en la conciencia gremial, es una verdadera pasión creadora, que no puede buscar y trabajar sino los valores auténticos del hombre.

Los escritores chilenos necesitan desenvolver esa conciencia viva y activa. Para ello les propongo, con la vieja solidaridad que me une a todos ellos, la celebración de un Congreso Gremial para el año 1937. La ideación y realización de ese Congreso les daría magníficas formas de su propia actividad, substrayéndolos a ciertas limitaciones impuestas por su geografía y su historia. El escritor chileno posee una extraordinaria sensibilidad y el dolor profundo de la injusticia económica en que vive. Uniéndose y asumiendo actitudes constructivas de superación humana, encontrará en su propio espíritu la fuerza nueva que reclama el determinismo de las masas.

Quiero esperar—y mi espíritu de solidaridad estará con ellos—que esta propuesta encontrará eco vivo e inmediatas iniciativas en mis compañeros de Chile y el resto de América.

Mendoza, noviembre de 1936.